

Lo percibido, lo actuado y la representación en el proceso psicoanalítico

Philippe Jeammet

El autor propone el psicodrama psicoanalítico como refuerzo de los procesos psíquicos. El juego psicodramático figura el espacio intrapsíquico y sus componentes virtuales apoyados concretamente por los diferentes coterapeutas ofreciendo externalizar las funciones psíquicas.

Todo el dispositivo psicodramático tiene por finalidad apoyar el trabajo que el preconciente del paciente no logra llevar a cabo y que la terapia clásica correría el riesgo de trabar. Facilita la emergencia fantasmática, la reactualización de recuerdos y expresiones corporales que ya no están, al tiempo que limita la regresión y favorece la simbolización.

La presencia de los objetos externos permite el reconocimiento progresivo de los objetos internos así como la reanudación de un juego de intercambio tolerable que permite el trabajo de la simbolización.

Se preconizan las terapias bifocales y multifocales en los adolescentes difíciles para salvaguardar el trabajo psicoterapéutico.

∇¿El debate sobre lo que diferencia a las psicoterapias psicoanalíticas del psicoanálisis es un tema de actualidad o se encuentra ya largamente superado en el sentido de una unidad del proceso psicoanalítico, puesto en funcionamiento y eventualmente reactivado por ordenamientos del marco variables de acuerdo con las características del funcionamiento mental del interesado, y cuyo fin puede tener solamente un objetivo asintótico? Puede pensarse que así es, teniendo en cuenta la evolución de las prácticas psicoanalíticas de las últimas décadas, las cuales vieron un desarrollo notable de las indicaciones y paralelamente de los ordenamientos importantes del marco. Un número como "Psicoterapia e Ideal psicoanalítico" de la Revista Francesa de Psicoanálisis testimonia esta evolución; nos referiremos a ella en varias ocasiones.

Pero junto a este movimiento de valorización del proceso psicoanalítico en detrimento de la forma, se desarrollaba una corriente que, contrariamente, buscaba formalizar las diferencias de práctica a través del número de sesiones, eventualmente de su duración, por supuesto que de la posición sentada o recostada del

analizando, pero también las modalidades de intervención del terapeuta. Las razones son variadas y las consideraciones puramente profesionales y económicas no son ajenas, sobre todo en los países anglosajones, pero no es posible evitar pensar que esta formalización responde a un temor a la pérdida de referentes y a una confusión de las prácticas. En definitiva, este es un peligro muy real que no justificaría de por sí un dogmatismo empobrecedor si sólo correspondiera al apaciguamiento de ese temor. En efecto, puede pensarse que no es posible escapar, so pena de esclerosis o de disolución, a una tensión dialéctica entre un modelo hacia el cual hay que tender y las adaptaciones necesarias para la clínica individual. Sin la referencia a lo primero el desarrollo corre el riesgo rápidamente de perder fuerza o su especificidad: sin los segundos, la práctica se fija porque es sólo posible dentro de un cierto marco que supone varias condiciones previas y sólo puede involucrar a una minoría de personalidades que presenta un cierto tipo de funcionamiento mental.

Si la permanencia de un cuestionamiento sobre la naturaleza del proceso psicoanalítico y sus

∇ Publicado originalmente en la Revista Uruguaya de Psicoanálisis: Jeammet, P., & Pedreyra, J. M. (1999). Lo percibido, lo actuado y la representación en el proceso

psicoanalítico. *Revista Uruguaya de Psicoanálisis*, (90), 145-167.

Traducción: Juan Manuel Pedreyra



condiciones de emergencia continúa siendo una necesidad para la fecundidad y la renovación del proceso psicoanalítico, un cierto número de datos nuevos podrían modificar los términos. Los mismos provienen de esa extensión del campo clínico al cual se vinculó la mirada psicoanalítica y la necesidad, con este fin, de proponer marcos terapéuticos sensiblemente diferentes a la cura clásica y aún de las psicoterapias cara a cara, tales como el psicodrama psicoanalítico individual. Si modificaciones técnicas del marco pueden permitir la emergencia de un proceso psicoanalítico y cambios de un funcionamiento mental es porque tienen un vínculo con aquello que autoriza a un proceso de ese tipo en la cura tipo. Puede pensarse que tienen una función análoga a nivel de la economía del funcionamiento psíquico del sujeto a lo que en el analizando de la cura tipo pre-existe en su funcionamiento interno. La naturaleza de las modificaciones introducidas al marco y los cambios de registro de funcionamiento psíquico que son susceptibles de introducir deben de este modo ilustrarnos sobre las diferencias de funcionamiento entre esas categorías de sujeto, las cuales no deben necesariamente considerarse en términos jerárquicos de falta o defecto.

Esas diferencias conciernen a los modos preferenciales de expresión y de figuración de lo que es susceptible de afectar al Yo a los cuales tiene recurso esos sujetos. Esos modos son tres: el trabajo de representación, la motricidad por intermedio de lo actuado y lo percibido como contra investimiento de una realidad interna intolerable, y al mismo tiempo como medio de figuración de esta realidad. Nuestra hipótesis es que la predominancia de uno de esos modos de figuración como modo de acceso al inconsciente es uno de los determinantes esenciales de la naturaleza del marco que puede permitir la emergencia y el desarrollo de un proceso psicoanalítico.

Sería entonces normal que a esta diversidad de vías de acceso al inconsciente correspondieran varios marcos posibles, estando su carácter psicoanalítico conferido por la naturaleza de los procesos psíquicos que pueden inducir en el analizando, más que por su forma.

Intentaremos primeramente definir lo que asegura a un proceso de este tipo su carácter psicoanalítico.

¿Cuál es entonces la finalidad del proceso psicoanalítico? Mucho se ha dicho y escrito sobre este tema, entre ello se encuentra el famoso aforismo de Freud “ahí en donde estaba el Ello, deberá advenir el Yo”, que fuera él mismo objeto de comentarios divergentes. Sin embargo, encontramos que más allá de esas divergencias existe una dinámica común que une al conjunto de puntos de vista vinculados a la idea de cambio. D. Wildlocher (1970) propuso un análisis profundo de los cambios, cuya finalidad común puede verse, creemos, desde el ángulo de un efecto de una reactivación del funcionamiento psíquico. Se trata de una reactivación de una forma de placer autoerótico en el sentido que le damos según diferentes autores a este término, especialmente E. Kestemberg y colaboradores, compuesto por un placer por utilizar sus capacidades psíquicas para conocerse en una relación de apoyo sobre el objeto transferencial; y reactivación de un juego dinámico de transformación entre los diferentes sistemas e instancias psíquicas, apoyado él mismo sobre ese autoerotismo nutrido de la reactualización a través del objeto transferencial de los placeres infantiles del intercambio.

Los placeres y la transformación se nutren mutuamente, sea cual sea por otro lado la “prima” de sufrimiento asociada, para facilitar lo que nos parece ser la esencia misma del proceso psicoanalítico: una atenuación del aferramiento a los objetos infantiles, liberando nuevas capacidades de investimiento y aliviando asimismo al sujeto del peso de las restricciones de la repetición. Este trabajo de transformación se lleva a cabo a través de la actualización y la exteriorización de las fijaciones del pasado en la transferencia y se hace concreto a través del trabajo de memoración y representación gracias a la actividad del preconscious. Llegamos así a A. Green., que escribe: “progresivamente, vi a la función de representación como el referente del trabajo psicoanalítico” (Green, 1982, n 25). Más de diez años más tarde se inscribió en la continuidad de este principio definiendo al psiquismo “como el espacio en el cual lo representable puede advenir” (Green 1995).

Si efectivamente hacer advenir lo representable es el referente del proceso psicoanalítico, la



experiencia muestra que las condiciones para que eso representable pueda advenir son variables en función a las características del funcionamiento de los sujetos. En esta perspectiva, “el ordenamiento del marco no tiene otra función más que la de facilitar la función de representación”, tal como subraya A. Green (1982, n° 25).

Ahora bien, si la situación de la cura tipo facilita la función de representación en varios sujetos, esto no es así para todos. Los medios van entonces a cambiar pero el fin *es* el mismo: la reactivación de esa función de representación, vectorizada por la transferencia con las consecuencias mencionadas con anterioridad con respecto al funcionamiento mental del sujeto, ellas mismas susceptibles de inducir cambios en sus investimentos y en su vida práctica. Hay por lo tanto unidad en el proceso psicoanalítico y los cambios técnicos del encuadre no están sino para permitir el advenimiento del proceso. Con respecto a estas modificaciones de los parámetros técnicos, las mismas son coherentes con las características del funcionamiento mental de esos sujetos y susceptibles de iluminar la naturaleza del mismo.

Por supuesto, el dispositivo de la cura tipo está a priori en armonía con la actividad de representación, ya que está enteramente concebido a beneficio de la misma: posición horizontal, ausencia de percepción del psicoanalista, primacía de la palabra en detrimento del acto, asociación libre, sollicitación de la regresión, pero limitada a la sesión y a la expresión verbal. Pero supone un cierto número de condiciones previas estructurales que están justamente ausentes en aquellos para los cuales las adaptaciones del encuadre aparecen como necesarias. Se pudo entonces confundir al proceso psicoanalítico y al encuadre de la cura tipo, volviéndose sinónimo el uno del otro, y considerar que las adaptaciones del marco con respecto a la cura tipo no son en el mejor de los casos más que propedéuticas cuya finalidad sería la de hacer posible el establecimiento de la misma, sola garantía de un psicoanálisis verdadero. Sin embargo, esta posición, pertinente en un cierto número de casos, no rinde cuentas de todas las situaciones, y no parece constituir una posición de principio. En efecto, por una parte la cura tipo genera sus propios derivados

antianalíticos que pueden beneficiar a una modificación del marco; por otra parte, adoptar esta posición significa referirse implícitamente a un modelo ideal de funcionamiento mental que, aunque concebible para un analista futuro, no constituye por ello la referencia unívoca para todos aquellos que pueden beneficiarse de un trabajo psicoanalítico.

El haber mostrado la complejidad del funcionamiento mental individual y la yuxtaposición en el mismo individuo de modalidades diferentes de funcionamiento es uno de los mayores aportes del enfoque psicoanalítico. En ese caso el objetivo del psicoanálisis no es tanto abatir esos funcionamientos hacia un modelo ideal hipotético, ni evaluarlos con respecto a tal modelo, ni intentar permitirles funcionar de mejor manera, sino óptimamente con respecto a sus posibilidades, pero con sus propios medios, los cuales, para varios de ellos, no serán jamás aquellos de los candidatos de la cura tipo.

Funcionar mejor es en cambio para todos aliviar el peso de las restricciones de repetición y las ataduras alienantes, reencontrar un placer en funcionar, vale decir restaurar las capacidades autoeróticas, abrirse a la diferencia, acceder a mejores posibilidades de simbolización y representación. Allí se encuentran los objetivos esenciales del proceso psicoanalítico sin encerrarlo por ello en las restricciones de un modelo que no podría ser universal. En efecto, alcanzar tal objetivo no equivale a decir que el sujeto abandona enteramente sus modos de funcionamiento anteriores y no tenga recurso a las características que concretizaron los cambios impuestos al marco psicoanalítico. Ello quiere decir que inclusive si la necesidad de recurrir a ello persiste puede utilizarla con una finalidad diferente que le permite acercarse a los fines indicados y que otorga a su aparato psíquico un papel diferente, el de un espacio relativo de juego y por lo tanto de libertad con respecto a las restricciones externas e internas, y el de una mejor capacidad del Yo para acoger, tratar y elaborar lo que estaba obligado anteriormente a apartar de una u otra manera.

Sin embargo, funcionar de mejor manera tal como acabamos de bosquejar en grandes trazos rápidamente supone una seguridad suficiente del Yo para que pueda permitirse abandonar, al



menos durante la sesión, un cierto número de prerrogativas habituales. Se sabe que este no es siempre el caso y que el dispositivo puede tener un efecto inverso al buscado: inhibición del proceso psicoanalítico, ruptura prematura, desarrollo de pasajes al acto, derrumbe depresivo o descompensación psicótica. Estas son todas eventualidades que prueban de manera inversa el poder movilizador del dispositivo, pero también sus límites. La referencia clásica a la fuerza del Yo que, sea cual sea el apelativo que le dé, guarda una cierta pertinencia, traduce la capacidad del Yo para asegurar esta seguridad. Ella debe reflejar el nivel de autonomía del Yo, aunque no sea fácil saber en qué medida se apoya en efecto sobre la coherencia entre el Yo y el entorno, particularmente por la interpretación de las convicciones, los ideales y todo el sistema de valores y creencias. El surgimiento de un apartamiento demasiado grande puede llevar a derrumbes que están lejos de ser previstos fácilmente.

El investimiento del análisis y en general del analista contribuye a asegurar esta seguridad más allá de las emergencias transferenciales negativas. Pero no es siempre fácil saber en qué medida el Yo del analizando continúa dependiendo de la realidad de la presencia del analista en lo que representa simultáneamente de desplazamiento de representaciones de objeto transferenciales pero también de figuración de una realidad presente justamente diferente de esas proyecciones transferenciales. ¿No es acaso vector de cambio ante todo porque él mismo es lugar de figuración de esas diferencias? Pero el proceso puede fijarse porque el analista se transforma en objeto de un investimiento unívoco sin ningún juego de desplazamiento posible. Hay entonces confusión entre el pasado y lo actual, las proyecciones y la realidad presente. Puede fijarse también porque el analizando continúa, de manera inadvertida, dependiendo de la persona del analista sin que sea aquí también fácil evaluarlo, ya que esta dependencia puede establecerse sobre objetos de creencia, especialmente referentes a las posiciones teóricas y más generalmente a los objetos ideológicos.

¿En ese caso, el proceso psicoanalítico y el trabajo de representación no permanecen siendo más dependientes de lo que parece de un

contexto actual y del aferramiento a objetos de la realidad externa? La adhesión al marco de la cura tipo es entonces más aún un choque con la forma y su realidad material: el analista, el proceso analítico... que una adhesión al proceso mismo en su dinámica liberadora de la dependencia de los objetos.

Puede ser impactante el hecho de que el peso de esta "realidad" del psicoanalista aparezca en escritos recientes de analistas. C. Couvreur (1991), por ejemplo cita a C. Parat, que subrayó hace tiempo que el efecto terapéutico en el análisis se encuentra ligado a dos elementos, la transferencia y la relación con la "transferencia de base". Esta última corresponde, no explica al "investimiento del paciente por parte del analista, y designa a la relación elemental de confianza del paciente con el objeto de realidad que es el terapeuta, necesario al comienzo y durante el mantenimiento de todo análisis". Cita igualmente en apoyo a J. Guillaumin quien escribe que "el analitosis" de transferencia sirve de apoyo silencioso a la neurosis de transferencia.

Esta observación no es en efecto nueva. Recordemos simplemente la insistencia clásica de S. Nacht sobre la "presencia" del psicoanalista. Pero justamente, esta insistencia había sido ella misma objeto de críticas en lo que respecta a su carácter humanista, demasiado bien intencionado, que apuntaba a conducir al psicoanálisis hacia una psicoterapia. Fue necesario un desvío en el enfoque de los psicóticos, los pacientes psicósomáticos y estados límites para que se replanteara entonces en nuevos términos, fundados sobre la toma en consideración de las particularidades del funcionamiento psíquico, la cuestión de las cualidades propias de la presencia concreta del psicoanalista ya sea a nivel de sus particularidades psíquicas, del tono de su voz o de la forma y la naturaleza de sus intervenciones. La importancia otorgada entonces al análisis de la contratransferencia apareció como el medio privilegiado para reintroducir esos parámetros en el proceder psicoanalítico estricto. Pero sea cual sea la cualidad del mismo, es evidente que un número importante de estos elementos escapan a cualquier posibilidad de análisis. Sus efectos son difíciles de señalar y no darán lugar a representaciones, sino a lo sumo a modos de figuración a nivel de los



mecanismos de identificación primaria sin alcanzar al trabajo del preconscious.

El trabajo psicoanalítico en el marco de la cura tipo conlleva, al menos en potencialidad y de acuerdo con modalidades muy variables, sus propias zonas de opacidad que pueden no dar jamás lugar a representaciones accesibles al sujeto y aún a su analista. Da lugar igualmente a esos fenómenos de aferramiento a la realidad de la situación que frecuentemente conducen a relaciones de dominio, de las cuales la reacción terapéutica negativa es una de las expresiones más conocidas. Se sabe que el trabajo interpretativo se encuentra en este caso habitualmente bloqueado, cuando no agrava la situación. La interpretación no tiene más valor movilizador, facilitando la emergencia de las representaciones, pero tiene más bien el efecto contrario. ¿Hay aquí un efecto *de* ese “incesto entre aparatos psíquicos” del cual nos habla J.B. Pontalis (1981) o una protección contra la dependencia excesiva con la persona del analista con el cual el juego entre la actualidad de la situación y las Imágenes del pasado no es ya posible? Ambas interpretaciones no son exclusivas y sus efectos pueden agregarse. En esos casos los ordenamientos del marco pueden resultar útiles para salir de ese impasse antianalítico y reactivar el proceso. La interrupción de la cura, el retomarla con un tercero, la introducción a veces momentánea de un enfoque diferente, como las sesiones de psicodrama psicoanalítico individual (Kestemberg y col. 1987) se propusieron y a menudo tuvieron efectos notables.

Ahora bien, esos ordenamientos van siempre en el mismo sentido: el del mayor lugar dado a la percepción y la motricidad y de una cesura mínima entre el tiempo de la sesión y el de la vida habitual. Se limita el movimiento regresivo y se aumenta no tanto el sostén directo al Yo como la posibilidad del mismo de recurrir a sus medios de dominio habituales. En un procedimiento que tiene bastante de paradójico, se espera que dejando más poder al Yo, estando más seguro el mismo podrá abandonarse más fácilmente al proceso que se intenta inducir en lugar de ser ubicado desde un comienzo en una posición vivenciada como amenazadora, especialmente por lo que requiere de pasividad.

Nos parece que en esto solamente reencontramos la diversidad de vías de acceso a la representación. Nuestra hipótesis es que la diversidad de marcos propuestos para inducir un proceso psicoanalítico refleja esta diversidad de vías de acceso a la representación.

Se impone una primera constatación: el trabajo de representación supone un apoyo seguro de lo previo existente, y más secundariamente un juego de desplazamiento, que mismo supone diferencias entre lo que se representa sucesivamente de ese modo. La representación crea objetos y diferencias, pero no parte de nada y ella misma requiere la preexistencia y el reconocimiento de los objetos y las diferencias.

El pensamiento, como la representación que le sirve de soporte, avanza solamente apoyándose. Las sensaciones corporales, las emociones, los cambios relacionales son los primeros ingredientes. Tal vez sea lo que Freud intenta decirnos en su frase enigmática de “psiquis está extendida”. A partir de ese apoyo se opera un trabajo de diferenciación que conduce a la representación y la simbolización. La función esencial de la representación es el asegurar una separación entre lo representado y la representación que sea suficiente para que no haya confusión posible, pero que no haga desaparecer por ello toda ligazón.

Si, en efecto, es clásico fundar la emergencia de la representación sobre la ausencia del objeto y la falta, esta representación de las cosas es fuente de ambigüedad y malentendidos. El efecto dinámico sobre la actividad de representación de ausencia del objeto es solo posible porque el objeto estaba allí con anterioridad y estaba investido. Asimismo, la falta sólo puede ser productiva y solo tiene sentido en una relación dialéctica con el deseo de completud.

Si en relación con el deseo por el objeto la falta no se apoya sobre interiorizaciones previas de experiencias de placer, no sabría generar la representación. Sólo provoca un desamparo suplementario, efectos de sideración de la representación y eventualmente un recurso a la autoestimulación corporal como la de los niños carenciados, siempre dolorosa físicamente y con efectos auto-destructivos. Coincidimos con R. Roussillon (1991) cuando escribe, hablando de las



condiciones necesarias para la aplicación de la regla fundamental: “tal funcionamiento supone que las representaciones-cosas internas se constituyan...”

Situaremos en este nivel a una de las fuentes esenciales de diferenciación entre los diferentes modelos de figuración que oponen a tres grandes tipos que no son por supuesto exclusivos entre ellos, pero que aparecen como las modalidades predominantes: la representación, en su acepción clásica, la motricidad y el acto, el recurso a lo percibido, dejando aquí de lado a la vía posible de la inscripción en el cuerpo y a la somatización. Queremos decir con esto que la motricidad no es solamente una vía de descarga (lo cual es igualmente la representación) ni como lo releva Freud un medio de rememoración (1914); ella es también un instrumento posible de figuración de una realidad interna que no encuentra otro medio para representarse, al menos en una primera instancia. En cuanto a la percepción, es igualmente susceptible de ser a la vez figuración, particularmente por su impregnación por la proyección de datos provenientes de la realidad interna y contrainvestimento de esa realidad interna ansiógena. Motricidad, percepción y representación son de este modo susceptibles de constituir tres niveles diferentes de apoyo defensivo del Yo que lo protegen de la regresión, sostienen su funcionamiento y especialmente la actividad del pensamiento.

La actividad de figuración, cuya forma más acabada es la representación, es una actividad de diferenciación progresiva, la cual por sí misma supone el acceso a la separación con el objeto investido. Pero como lo dejamos entrever con anterioridad, la separación no es sinónimo de pérdida o destrucción y es sólo efectivamente una separación si algo se conserva del objeto del cual uno se separa. Ese algo está esencialmente hecho de la calidad de las primeras interiorizaciones, que se enriquecerá y se completará en adelante gracias a la diferenciación: diferenciación de los investimentos, de las Imágenes, de las instancias...

Para ser vivida como tal, la separación apela entonces a una distancia entre el objeto y el sujeto, como entre el símbolo y lo que simboliza, pero que supone, más allá de esa relación de

diferencia, la permanencia en el seno del sujeto de una referencia interna que guarda una relación suficiente con el objeto del cual se separa sin confundirse con él. Se trata de una economía de funcionamiento análogo al del objeto transicional pero que podría ahorrar el apoyo perceptivo representado por el objeto transicional.

Los autoerotismos constitutivos de los ciñimientos narcisistas son esta referencia interna. El autoerotismo consiste en un reinvestimento intermitente de las trazas mnésicas de la satisfacción anterior, un reinvestimento que se vuelve independiente de la expresión de la necesidad inicial. Puede así considerarse que la traza del objeto está inscrita en la calidad del funcionamiento autoerótico y que éste no concierne únicamente a las zonas erógenas (boca, ano, órganos genitales), inclusive si por el hecho de su carácter de puntos de pasaje obligatorios entre el interior y el exterior son el lugar privilegiado de intercambio y focalizan las experiencias de placer/displacer. El conjunto del funcionamiento del niño de pecho, psicomotor pero también fisiológico puede, en diversos grados, encararse desde el ángulo de la rúbrica de una forma de placer aportada por la naturaleza de la relación con el objeto investido (en este caso la madre o la persona que tiene este papel) que confiere a su vez una cualidad particular a ese funcionamiento. Es una cualidad cuya gama puede ir desde un placer silencioso de funcionamiento hasta una erotización más o menos ruidosa.

El niño interioriza esa relación y esa interiorización va a permitirle alcanzar progresivamente el intento, vale decir que va a hacerlo, en cierta medida, independiente de la presencia del objeto exterior como estimulante necesario, y que va entonces a constituir las trazas, las premisas de una representación mental interna del objeto en tanto que tal.

A partir de esas experiencias felices, lo que pasa en el interior del bebé va a asegurar las bases de un sentimiento de continuidad. En este autoerotismo básico puede verse un tipo de marco interno, un fondo necesario sobre el cual aparecerán y se despegarán progresivamente las figuras de las representaciones mentales de las diferentes personas investidas. Sobre esta base conflictiva y sus adquisiciones interiorizadas se



desarrollarán a continuación las identificaciones secundarias de forma mucho más armoniosa y narcisizante; para el sujeto estará más asegurada esta primera base.

En oposición a esta evolución armoniosa, todo lo que hace sentir al niño el peso del objeto y su impotencia con respecto al mismo, sea por falta o exceso de presencia, es susceptible de echar las bases de un antagonismo entre el sujeto y los objetos de investimiento. Las bases narcisistas no se constituyen con y para el objeto, impregnadas de la calidad de la relación anudada de ese modo, sino contra el objeto.

Un ejemplo tomado a nivel de la primera infancia puede ilustrar ese proceso de interiorización armoniosa de los vínculos, de constitución de un sentimiento de seguridad y de continuidad (las bases narcisistas) o sus dificultades. Las experiencias de separación son un elemento revelador privilegiado de la calidad de esas interiorizaciones. Tomemos el caso de un niño que debe ir a acostarse. Tiene 18 meses, dos años, un período del cual se sabe tiene un papel crucial en el desarrollo de la personalidad y en el comienzo de la autonomización. Hay tres soluciones esquemáticamente:

– La primera es la del niño que, confrontado con la separación de su madre, es decir con la pérdida del control perceptivo de la misma, encuentra suficientes recursos internos para suplir la ausencia de la madre, se chupa el pulgar, se queda tranquilo, aparentemente apacible y seguro, o desarrolla una actividad de rememoración de recuerdos y sensaciones agradables en general. Esta tranquilidad y esos recuerdos agradables se nutren de la presencia implícita de las personas queridas de su entorno, particularmente la madre, que no tienen necesidad de ser objeto de una representación mental en particular. La rememoración de la madre como tal no es necesaria. Ella se encuentra presente en la cualidad misma del placer que el niño tomó. Los objetos buenos internos dominan y están presentes en él, incluidos en su estado de bienestar y le permiten soportar la soledad.

El funcionamiento psíquico se sustituye aquí a las personas reales del entorno. La interiorización de ese entorno confiere al sujeto una libertad que va a permitirle explorar el mundo

exterior sin demasiado temor. Adquiere una relación de seguridad en su interior.

– Segundo caso de ejemplo: El niño llora cuando se aleja la madre. Es un niño que se encuentra en situación de dependencia, es decir que para asegurar su equilibrio interior y su seguridad tiene necesidad de la presencia real de la madre. La madre es la que permite a su aparato psíquico encontrar un funcionamiento satisfactorio, a los buenos objetos predominar sobre los malos, pero dependiendo de un apoyo exterior. Cuando la madre no está, ese niño corre el riesgo de entrar en pánico, de desorganizarse y ya no utilizar sus propios recursos. Señalemos que el corolario habitual de esta dependencia es el carácter caprichoso de esos niños que compensan su propia dependencia oponiéndose y volviéndose más o menos tiránicos, haciendo a su vez que la madre se vuelva dependiente de ellos. Se ve aparecer allí una característica esencial de esta dependencia de la realidad perceptiva: la necesidad de oponer a la misma, exigencias propias acrecentadas como si su oposición permitiera al niño invertir la situación y dominar al objeto por el cual se siente controlado.

– Tercera posibilidad: cuando está solo, el niño no tiene ni siquiera el recurso de llorar y llorar. Reemplaza entonces a la ausencia de recurso interno (los autoerotismos) o externo con la autoestimulación de su cuerpo. Se balancea de modo estereotipado, e inclusive comienza a golpear la cabeza contra los costados de la cama, a tirarse de los pelos... Se trata de comportamientos que se observan en los casos de carencia afectiva u hospitalismo.

Parece importante señalar que para suplir la ausencia de un objeto de apego, el niño desarrolla una actividad de búsqueda de sensaciones que tienen la característica de ser siempre dolorosas y de dimensión autodestructiva.

La ausencia del objeto investido no se reemplaza ya con el placer del recurso a una actividad mental o corporal, sino por la autoestimulación mecánica del cuerpo. La violencia de esa autoestimulación es proporcional al grado de carencia en recursos autoeróticos. En el primer caso es el placer del funcionamiento del niño mismo, es decir el placer de la utilización de los recursos propios, y en particular los de su aparato



psíquico que toma la posta de las personas ausentes necesarias para mantener su sentimiento de continuidad. En el segundo la presencia real de la persona investida es necesaria. En el tercero, solamente el recurso a la autoestimulación dolorosa del propio cuerpo permite que el niño sienta que existe.

La solución intermedia del segundo caso consiste entonces en el investimiento sustitutivo de la realidad externa perceptivo-motriz en caso de fracaso del funcionamiento mental que tiene ese papel. Ello puede ser la madre, en la realidad psíquica, como en el ejemplo elegido, pero puede ser también, en otras circunstancias, un elemento del contexto del entorno material del niño. Puede ser asimismo, en una situación intermedia con la de la autoestimulación del tercer ejemplo, el sobreinvestimiento por parte del niño de las sensaciones que tuvo en el momento de la experiencia de separación.

De este modo, la calidad de las interacciones y del investimiento de las cuales fue objeto el niño se refleja en las modalidades del investimiento de su propio cuerpo. Su placer de funcionar, de utilizar sus capacidades y sus recursos fisiológicos y luego psíquicos es la traducción de la cualidad de sus vínculos interiorizados. La indispensable ligazón de continuidad con los demás está en parte asegurada por ese placer del niño en funcionar. En ese caso, no hay conflicto entre la necesidad del vínculo, la apetencia de recibir, esa dependencia del objeto y la necesaria autonomización. Se nutren el uno del otro.

Inversamente, todo lo que introduce un quiebre demasiado brutal, demasiado precoz en esta continuidad de la ligazón y esa adecuación recíproca de las interacciones lleva al niño a tomar conciencia de su impotencia y dependencia con respecto al mundo exterior. Las condiciones de un antagonismo entre objeto y narcisismo están creadas.

La adecuación entre sus necesidades y el mundo exterior se compromete. La cuestión de la diferencia entre esos dos mundos se plantea demasiado temprano y de manera demasiado intensa, en tanto el niño no ha adquirido aún una suficiente seguridad interna. La eficiencia de los recursos internos, del recurso a los autoerotismos y a la autosatisfacción alucinatoria de deseo

corre el riesgo de ser alterada, así como también la constitución de todo el poder infantil normal del cual habla D. Widlöcher (1976). El mismo descansa sobre la convicción implícita de que habrá una adecuación suficiente entre los deseos del niño y el mundo exterior. Se opone al poder defensivo absoluto fundado sobre la negación de experiencias catastróficas que impidieron prematuramente o quebraron esa vivencia mínima de confianza y adecuación. Prepara la organización psicótica.

En lugar del vínculo más o menos interrumpido, el niño invierte un elemento neutro del marco circundante, o una parte de su propio cuerpo. Pero la naturaleza de ese investimiento depende igualmente de la cualidad de la ligazón interrumpida como de la manera como se restablece la ligazón o de lo que subsiste de la misma. Cuanto más se pierde la dimensión relacional, más el investimiento supletorio del marco sobre el cuerpo se hace de modo mecánico y desafectivizado. La violencia de ese investimiento y su carácter destructivo son proporcionales a la pérdida de la calidad relacional de la ligazón y a lo que podría llamarse su deshumanización.

A partir de los ejemplos se ve la importancia de la constitución de esos autoerotismos, fundamento de las bases narcisistas. Las bases narcisistas representan lo que asegura la continuidad del sujeto y la permanencia del investimiento de sí mismo. Descansan sobre diferentes soportes, pero que tienen en común el oponerse dialécticamente a lo que subsiste de disponibilidad al investimiento objetal. Es una oposición dialéctica que sin embargo descansa sobre esa doble paradoja: que las bases narcisistas sólo pudieron constituirse a partir de la relación de objeto (pero de un modo tal que la cuestión de la oposición sujeto/objeto no fue planteada como tal); y que cuanto menos se sienta a la "apetencia" objetal como "antinarcisista" las bases narcisistas estarán más sólidamente establecidas.

Junto con la calidad de las bases narcisistas, interviene otro factor de manera preponderante sobre la capacidad de autonomía del sujeto y de contención intrapsíquica de los conflictos: el grado de diferenciación de las estructuras internas de la psiquis. Esta diferenciación aparece como la correlación necesaria de la



funcionalidad del aparato psíquico. El mismo sólo puede cumplir plenamente con su papel de gestión de las presiones internas y de las restricciones externas si él mismo ofrece un espacio de juego intrapsíquico capaz de tratar los datos representacionales (afectos y representaciones) por medio de desplazamientos sucesivos que introduzcan “pequeñas diferencias” (Freud), esenciales para el funcionamiento psíquico, por medio de las cuales se efectúa un trabajo de transformación que evita la descarga directa (ya utilice la vía alucinatoria o perceptivo-motriz) y el cortocircuito estímulo-respuesta. Esas estructuras diferenciadas son aquellas de los dos tópicos freudianos (es decir consciente, preconsciente, e inconsciente en el primer tópico; Ello, Yo, Superyo, en el segundo tópico) a las cuales debe sumársele la existencia de Imágenes paternas totales y diferenciadas y todo lo anteriormente mencionado con respecto a la constitución de las bases narcisistas. La existencia de tales Imágenes supone que el Edipo cumplió con su papel estructurante en torno al reconocimiento de la doble diferencia de generaciones y sexos.

Cualquier cuestionamiento de las diferencias adquiridas parece representar una potencialidad traumática para el Yo que puede ser vista por oposición como una ligazón funcional entre esos elementos diferenciados. Cualquier emergencia de un aumento de estímulos, y sobre todo si su valor informativo y sobre todo discriminativo es más débil, es susceptible de inducir un movimiento desorganizante de diferenciación de las estructuras funcionales.

Ese movimiento corresponde a lo que A. Green definió como “lo Arcaico” en donde el deseo, su objeto y el Yo se confunden (1982b). Las referencias internas vacilan, las representaciones son a menudo más excitantes que organizadoras y el Yo puede tener el único recurso para no verse desbordado el aferrarse a la realidad perceptiva en su función diferenciadora mínima entre el interior y el exterior, Uno Mismo y los demás, cuando esta realidad no se ve ella misma desbordada por las proyecciones alucinatorias o delirantes. Esta función de contrainvestimento por parte de lo percibido y la motricidad de una realidad interna, ansiógena y desorganizadora es análoga a aquella a la que el Yo del soñador

desbordado por una pesadilla tiene recurso cuando el sujeto se despierta y se recupera poniendo su mundo interno a distancia gracias a la realidad familiar que lo rodea.

Las situaciones de transferencia son susceptibles de inducir, por su masividad, esos procesos de desdiferenciación desorganizadora sobre todo en el adolescente y en los estados límite y prepsicóticos. La eficacia de los ordenamientos del marco nos ayuda a comprender las razones. Siguiendo el ejemplo de la utilización por parte de estos sujetos de la realidad externa gracias a lo percibido o a lo actuado, esos ordenamientos figuran en el exterior de lo que es momentánea o estructuralmente desfalleciente, pero no totalmente ausente en el mundo interno, mientras que esta exteriorización asegura el mantenimiento de una diferenciación uno mismo-objeto que el debilitamiento de los límites intrapsíquicos y del juego psíquico ya no permitirá.

El psicodrama psicoanalítico individual es la ilustración más ejemplar de esos ordenamientos.

Del exterior, por medio de lo que el interesado libró indirectamente de su interioridad a través de su discurso, se apunta a hacerle reinteriorizar su “teatro interno” después de que haya tomado conocimiento del mismo y haya deshecho las figuras múltiples. Con este fin se utiliza la técnica de las escenas repetidas, de los comentarios de voz en off, del doble o la situación de espectador propuesta al paciente...

Con respecto al análisis, esta representación, por fuera de las fantasías expresadas por los pacientes, a las cuales inclusive se adelanta a menudo prestándoselas, ofrece una variante extremadamente considerable porque propone un camino inverso al que, en la cura clásica, se utiliza constantemente. Sin embargo, esta diversidad de medios apunta a un mismo fin, que es la confrontación del sujeto con sus producciones fantasmáticas, de las cuales podría reconocerse como autor. Ella es, en efecto, una condición sine qua non para que la interpretación tenga sentido y eventualmente adquiriera un “valor mutativo”.

Lo que cambia entonces es la manera en que los instrumentos fundamentales del procedimiento psicoanalítico se ponen en funcionamiento. Puede verse a esta puesta en funcionamiento propia del psicodrama como un refuerzo



del apoyo de los procesos psíquicos por medio del marco. Según nuestro modo de ver, este refuerzo descansa esencialmente sobre dos tipos de datos que se sostienen y se completan mutuamente: una ayuda a los procesos de figuración y a través de ello mismo de ligazón; y un refuerzo de los factores de diferenciación.

Estos dos órdenes de datos se hacen posibles a través del muy particular recurso a las estimulaciones perceptivo-motrices que permite el psicodrama, y a través de la gestión, también ella específica, del ahorro de los investidimientos transferenciales que autoriza. En ambos casos se trata de la inclusión en el marco del proceso psicoterapéutico de elementos que se utilizan habitualmente como defensa por parte de los pacientes: el contrainvestimiento del mundo interno y de los procesos psíquicos a través del sobreinvertimiento de la realidad externa y de los datos perceptivos sobre un mundo de tipo “operatorio”, para retomar la terminología de los psicodramatistas; la defensa a través de la lateralización de la transferencia y los acting out transferenciales.

El psicodrama figura concretamente un espacio de juego que suple la ausencia o las dificultades del espacio psíquico interno del cual se espera debe reactivar el funcionamiento, en particular en lo que respecta a los procesos de desplazamiento, base esencial de la actividad psíquica. Se trata entonces de un retomar del juego de los desplazamientos de representación, pero de una forma que no sea puramente defensiva, que tenga sentido permitiendo una ligazón con los afectos, tales como puedan ser actualizados por el juego y la emergencia de recuerdos que el mismo era susceptible de inducir. Puede agregarse una soliciación particular a los intercambios y los investidimientos gracias a la dinámica del juego y a la movilización específica del cuerpo que autoriza el psicodrama. El placer de jugar es un poderoso factor de figuración y ligazón de los afectos, así como la concretización que autoriza la escena representada y el contacto físico pendiente de la misma, inclusive por parte del director del juego una vez suspendida la escena. Las experiencias corporales, tal como lo recuerda C. Chabert (1995) son específicamente solicitadas por el psicodrama. Adquieren sentido en la historia del paciente, a través del trabajo de rememoración,

pero también en la actualidad de la relación transferencial, al hablarse de ellas, o simplemente compartirlas en la experiencia lúdica. La presencia del director y los coterapeutas permite su reconocimiento implícito, registrándolas así en una relación de objeto, al tiempo que se las hace más fácilmente tolerables y no culpables particularmente porque la mirada del grupo tiene el papel de un tercero superyoico.

Como lo subraya S. Daymas (1995), el psicodrama revela un instrumento privilegiado del “despertar de las zonas erógenas” gracias a esa facilidad de implicación del cuerpo. Un despertar de las zonas erógenas que se opera en el marco de un intercambio con objetos investidos actualmente, en resonancia con los objetos internos ligados al pasado, y bajo la mirada de un tercero. Esta reobjetalización del placer del intercambio a través de las zonas erógenas, y del placer de la utilización de las funciones y capacidades del sujeto, facilita una reactivación de los recursos autoeróticos en lugar de las autoestimulaciones repetitivas y mortíferas anteriores.

Esta reanimación libidinal de la vida psíquica y del cuerpo a través del psicodrama supone igualmente una labor de descondensación de lo que se podría llamar las experiencias, ya sean estas físicas a corporales, del paciente, hechos justamente de una mezcla de pre-representaciones y sensaciones corporales que se traducen frecuentemente en inhibiciones y el sentimiento de una tensión extrema y no tener nada para decir.

El psicodrama apoya y refuerza los factores de diferenciación. Logra esto gracias a los medios de figuración y de descondensación que acaban de ser expuestos. Pero lo hace igualmente a través del mundo perceptivo-motor que propone al paciente de entrada y que es el del marco psicodramático propiamente dicho. En este caso toma la postura opuesta a la cura clásica y se acerca a la psicoterapia, cara a cara. Inclusive agrega con respecto a esta última ya que multiplica los terapeutas y propone un recurso a la motricidad. En caso extremo, puede llegar hasta suplirla verbalización del paciente, al menos durante un tiempo, ya que los coterapeutas se expresan siempre por una parte en lugar del paciente, pudiendo hacer completamente y doblándolo. Puede ocurrir que



frente a un bloqueo del paciente el director proponga una escena en su lugar.

Simultáneamente, los límites están constantemente sostenidos por ese recurso a la realidad externa: límites entre uno mismo y los demás, entre el mundo interno y el externo, pero también sostén a través del espacio del juego psicodramático del espacio intrapsíquico virtual y límites ficticios entre los espacios intrapsíquicos. El juego psicodramático viene de este modo a figurar análogamente el espacio intrapsíquico y sus componentes virtuales: las Imágenes paterna y materna, el Superyo, el Ello y el Yo son apoyados concretamente por los diferentes intervinientes. Llega hasta la ambivalencia de los sentimientos de que no pueda ser materializada por tal o cual actor del juego, en tanto que el paciente se encuentra potencialmente protegido de la masividad de la transferencia con su carácter condensador y desdiferenciante, tornando así al investimiento peligroso para la autonomía narcisista, por su disolución sobre varios participantes y su mediatización a través de la presencia de terceros.

Desarrollamos (Kestemberg, Jeammet 1987) este punto de vista, *de* acuerdo con el cual el psicodrama podría verse como un auxiliar del funcionamiento mental en su conjunto por la posibilidad que ofrece de externalizar funciones psíquicas de las cuales apoya simultáneamente la figuración y su diferenciación. Recordemos simplemente los datos más significativos: reactivación del trabajo de figuración, condición del desplazamiento y de la ligazón afecto/representación; pero también la puesta en funcionamiento de la negación, del clivaje de los objetos y el recomenzar del juego introyección/proyección. En efecto, el psicodrama solicita constantemente la negación, un mecanismo del cual Freud mostró el lugar esencial en el cual se ubica en el refuerzo del Yo y el enriquecimiento de la vida psíquica. Hace menos necesario el mantenimiento de la represión, autorizando el acceso de las representaciones al Yo, manteniendo al mismo tiempo a los afectos a distancia. A la inversa, en caso de una represión insuficiente, facilita la liberación de cargas afectivas del Yo demasiado importantes, haciendo posible el trabajo sobre el contenido de las representaciones demasiado excitantes para

ser completamente aceptadas o asimiladas. Ahora bien, el juego de los coterapeutas ofrece, por excelencia, al paciente posibilidad de conocer el contenido de esas representaciones pero reconociendo como propias sólo aquellas que puede tolerar.

De este modo, se ofrece toda una panoplia de representaciones al paciente, enriqueciendo sus posibilidades de representación sin por ello imponérselas como provenientes de él y “traicionándolo”, más aun porque esta “inyección de fantasías” por parte de los jugadores o más ampliamente esta oferta de representaciones es propuesta por los coterapeutas y no por el director del juego, apoyo del investimiento más restrictivo (por su papel de Superyo o Ideal del Yo), si no el más intenso. El juego autoriza a una yuxtaposición de las restricciones a las cuales no se espera que el paciente retome inmediatamente y enteramente a su cuenta, o un clivaje de los objetos sobre el cual se hace entonces posible trabajar sin agredir al Yo del paciente.

El conjunto del dispositivo psicodramático tiene como objetivo apoyar al trabajo que el Preconsciente del paciente no puede asegurar por sí mismo y a la cual la sollicitación psicoterapéutica clásica correría más riesgo de trabar que de facilitar. Se tratará de conciliar restricciones: facilitar la emergencia fantasmática, la reactualización de recuerdos y experiencias corporales que se fueron, al tiempo que se limita la regresión y se favorece la simbolización. La ficción del juego, la implicación directa de los coterapeutas, hacen posible las primeras dos exigencias sin inducir por ello una regresión importante del Yo del paciente, mientras que la división de papeles (paciente, director, coterapeutas) pero igualmente la ficción del juego y la preponderancia acordada a la verbalización sostienen a este proceso de simbolización. El juego no es un premio a lo actuado, busca la alianza entre la verdad de lo vivido y la toma de distancia a través de la separación entre lo actual y la historia, la puesta en gesto y la puesta en palabra. Dos datos técnicos son fundamentales en esta incitación a la simbolización y correlativamente en el dominio de la respuesta: el suspenso del acto que implica el “como si” del juego, y la fuerza simbólica que significa la no participación del director en el juego que



valoriza las dos medios de comunicación que le son propios: la mirada y la palabra de los que se conocen los vínculos genéticos que los une con la función superyoica y los de ésta con la simbolización.

“El apoyo sobre la presencia visual del analista moviliza la identificación primaria y las defensas contra la homosexualidad primaria de manera diferente a la que le es propia en la cura tipo”, escribe R. Roussillon (1991). “La figura del doble tiende más a actualizarse que a metaforizarse” favoreciendo una incorporación visual del analista, que formará “una matriz posible para las reactivaciones autoeróticas visuales y las capacidades reflexivas que de allí se desprenden” (Ibid). Esas capacidades reflexivas se facilitan a través de la seguridad de que el objeto continúa siendo externo y no es destruido ni confundido con el objeto interno, protegiendo al Yo contra una invasión por parte del objeto que causa confusión y es persecutoria. De este modo, el objeto interno es parcialmente controlado gracias a esa posta externa a través de un proceso inverso al de la alucinación en donde lo que se abolió en el interior resurge en el exterior. La presencia reconfortante en el exterior permite el reconocimiento progresivo del objeto interno y la reanudación de un juego de intercambio tolerable. Como para el trabajo de simbolización, el objeto externo es reconfortante porque representa a la vez al objeto interno y se diferencia lo suficiente por el hecho de sus cualidades perceptivas propias. Inversamente, como lo señala R. Roussillon, si “el objeto” encontrado en el exterior “es demasiado similar al objeto representado en el interior” es este que “corre el riesgo de ser destruido en el interior o expulsado al exterior, seducido por el objeto externo” (Ibid).

Pero el hecho de la transferencia y la intensidad de los investimentos que moviliza un solo objeto externo pueden no bastar y encontrarse peligrosamente confundido con el objeto interno. La presencia de varios terapeutas puede reactivar el proceso diferenciador precedente. En el psicodrama psicoanalítico la disposición escénica y la presencia constante de los coterapeutas aseguran la permanencia de una tercera mirada en una simetría de intercambios evidente: el líder observa las escenas que se representan y se

abstiene de actuar; los coterapeutas asisten, observan y escuchan los comentarios fuera de la escena que propone el líder en sus intercambios con el paciente. “De este lado de la triangulación edípica, esa tercera mirada ocupa una función escópica esencial en el desdoblamiento que condensa del sujeto que piensa y el sujeto que se ve pensar: la mirada del otro ofrece un reflejo a la mirada sobre sí y apoya así a los cimientos del proceso de reflexión” (C. Chabert 1997).

Se encuentran aquí los efectos de retoma de identificaciones primarias autorizadas para una reactivación transferencial de la homosexualidad primaria que se torna tolerable y no invasora gracias a esa tercera presencia externa.

Pero, más allá del psicodrama, el interés radica en pensar y utilizar el conjunto del marco de cura como un apoyo figurativo posible, que se tratará de decodificar, de una realidad interna que escapa a la representación.

No se trata ya de ver en este recurso privilegiado a lo percibido y lo actuado sólo como un mecanismo defensivo en el cual la proyección tendría un papel predominante, sino más profundamente un medio gracias a esta concretización progresiva para controlar una realidad interna que escapa al dominio del Yo por el hecho de una excitación, factor de indiferenciación, regresión y generación de esos procesos arcaicos. Los límites intersistemáticos necesarios para un buen funcionamiento psíquico se encuentran amenazados y el recurso a lo perceptivo no puede verse bajo el único ángulo de una evacuación hacia el exterior de lo que no puede ser tolerado por el Yo, sino también como un medio positivo para que este último salvaguarde su funcionamiento encontrando apoyo externo en donde el interno falta. Confrontado con formas primarias de representación formadas, por ejemplo de representaciones inconscientes condensadas, poco diferenciadas, solo accesibles al Yo bajo la forma de afectos masivos, inhibiendo más el pensamiento y la posibilidad de desplazamientos que estimulándolos, el Yo puede utilizar apoyos figurativos externos y el contrainvestimento de esa realidad interna por medio de ese recurso perceptivo para ayudar a ese trabajo de representación. Esta realidad externa figurativa tiene entonces un papel económico movilizador de un tercero



diferenciador. Gracias a la misma se puede decir que hay emergencia de un psiquismo y que a un espacio psíquico externo corresponde un espacio psíquico interno.

El proceso de exteriorización está especialmente activo en la adolescencia. Ello es lo que nos condujo a hablar de la conveniencia de observar la utilización hecha a esa edad de la realidad externa como un testimonio del “espacio psíquico ampliado” del adolescente (Jeammet 1980). La turbación psíquica puede abordarse desde esa doble pertenencia a una realidad externa perceptiva, a la vez medio de figuración y de dominio de una realidad interna que sirve para representar y contrainvestir; y a una realidad interna, en cierto modo visual, tanto que el sujeto no puede re-conocerla. El reconocimiento de esta doble pertenencia permite responder a nivel de la realidad externa tanto como sea necesario, al tiempo que se hace de la reintegración en el espacio psíquico interno un objetivo cuyo logro puede ser considerado como asintótico.

Señalamos repetidamente la importancia de esta función tercera del ordenamiento de la realidad externa, su papel en el manejo de la distancia

objetal y en el equilibrio narcisístico-objetal, como su posible función diferenciadora y restauradora de límites y de una identidad vacilante del Yo. Ello nos conduce a preconizar las terapias bi y multifocales como un medio privilegiado en los adolescentes difíciles para salvaguardar el trabajo psicoterapéutico, concretizando en la realidad la separación entre los ordenamientos de la realidad externa representada por el referente y el reconocimiento progresivo de una realidad interna materializada por el espacio privado y protegido de la relación psicoterapéutica (Jeammet 1992).

Se ve en nuestro razonamiento que el apoyo al Yo aportado por los ordenamientos del marco no tiene nada que ver con eso con lo que habitualmente se asocia al procedimiento psicoterapéutico por oposición al psicoanálisis, tales como la invigoración, la ayuda a la decisión, la valoración, o las diferentes actitudes de apoyo directo. Si hay algún tipo de apoyo, se sitúa a nivel de las condiciones de facilitación del trabajo de representación y de la reactivación de las capacidades del aparato psíquico en la línea de pensamiento que es, a nuestros ojos, el proceso psicoanalítico.

